

a medida que éstas se alejaban; les dije con resuelto acento que el primero que se atreviera a pasar adelante, tendría que verse conmigo. Al mismo tiempo, el general Duphot, Scherlack, dos oficiales más y yo, tiramos de la espada para contener a aquella turba indefensa, o cuando más, armada de alguna pistola y algún puñal.

»Pero, mientras nosotros estábamos ocupados en aquel sitio, los fusileros, que no se habían retirado sino para ponerse fuera del alcance de las pistolas, hicieron una descarga cerrada. Algunas balas perdidas mataron a los hombres de las últimas filas. Los que nos encontrábamos en el centro, fuimos respetados. Luego, la compañía volvió a retirarse, para cargar de nuevo.

»Aprovecho este momento; voy al coronel Beauharnais y al agregado militar Arrighi, encargo de contener a la turba, que estaba animada de diversos sentimientos, y me adelanto con el general Duphot y el ayudante Scherlack para resolver a sus jefes a cesar en el fuego; los intimé a retirarse de la jurisdicción de Francia, diciendo que el embajador se encargaría de hacer castigar a los amotinados, y que, si me obedecían, todo se arreglaría bien y sin efusión de sangre. El temerario Duphot se coloca, de un salto, entre las bayonetas de los soldados, a los que se esfuerza por tranquilizar. El general Scherlack y yo le seguimos instintivamente.

»Arrastrado por la corriente, Duphot avanza hasta una puerta de la ciudad llamada *Settimiana*; veo un soldado que le dispara en pleno pecho; el herido cae, y vuelve a levantarse apoyándose en la espada. Le llamo, quiere venir a mi lado. Un segundo disparo le derriba; sobre su inanimado cuerpo se hacen más de cincuenta disparos. Scherlack me indica un camino que nos conduce a los jardines del palacio y nos pone a cubierto de los disparos de los asesinos de Duphot y de los de otra compañía que llegaba haciendo fuego del otro lado de la calle. Los dos oficiales, rechazados por esta segunda compañía, vienen a reunirse con nos-

otros; tenemos que afrontar un nuevo peligro: la nueva compañía podía entrar nuevamente en el palacio, a donde mi mujer y mi hermana, que al otro día debía contraer matrimonio con el bravo Duphot, habían sido transportadas por mis secretarios y dos jóvenes artistas.

»Llegamos al palacio por el jardín; los patios estaban atestados de los cobardes iniciadores de esta escena horrible. Había allí unos veinte muertos, entre los cuales figuraban algunos ciudadanos pacíficos. Entro en palacio; los escalones están ensangrentados, los moribundos, los heridos lanzan gemidos. Se consigue cerrar las tres puertas de la fachada que mira a la calle. Los lamentos de la prometida de Duphot, de ese joven héroe que a la vanguardia de los ejércitos de los Pirineos y de Italia, había constantemente salido victorioso, asesinado indefenso por cobardes bandidos; la ausencia de su madre y de su hermano, que habían salido de palacio para ver los monumentos de Roma; el tiroteo que continuaba en las calles y contra las puertas del edificio; las principales habitaciones del vasto palacio Corsini que yo habitaba llenas de gentes cuyas intenciones yo ignoraba; estas circunstancias y otras muchas han comunicado a esta escena un carácter de crueldad inconcebible.

»Mandé llamar a mis criados; tres se encontraban ausentes; uno estaba herido. Hice colocar las armas que nos habían servido para el viaje, en la parte del palacio ocupada por mí. Un sentimiento de orgullo nacional que no pude dominar inspiró a los jóvenes oficiales el plan de ir a levantar el cadáver de su infortunado general; llevaron a cabo su propósito con ayuda de algunos criados fieles, pasando por un camino extraviado y bajo el fuego de la soldadesca cobarde y desenfrenada.

»Encontraron el cuerpo del general que poco antes palpitaba con sublime heroísmo, acribillado, desnudo, cubierto de montones de piedras...

»A las seis de la mañana, catorce horas después del asesinato del general Duphot, no había yo recibido aún

la visita de ningún romano encargado por el gobierno de informarse del estado de cosas. Resolví pedir mis pasaportes y salir de Roma inmediatamente. Partí, en efecto, después de haber dejado asegurada la protección de los pocos franceses que quedan en los Estados romanos. El caballero Angiolini ha sido comisionado para librarles pasaportes para Toscana, en donde me encontrarán con los oficiales y los sirvientes que no me han abandonado en el peligro.

»Al terminar este relato, creería injuriar a los republicanos si insistiese sobre la venganza que el Gobierno francés debe tomar de este Gobierno impío, voluntariamente asesino de los primeros embajadores que se ha dignado enviarle y de un general distinguido como un prodigio de valor en un ejército que cuenta tantos soldados como héroes.

»Ciudadano ministro: pronto estaré en París, no bien haya puesto en orden los asuntos pendientes, y le daré informes acerca del Gobierno de Roma, y a conocer mi opinión referente al castigo que conviene imponerle.

»Este gobierno no se contradice: astuto y temerario para realizar el crimen, cobarde y rastrero cuando lo ha perpetrado, a la hora presente está arrodillado ante de Azara suplicándole que venga a Florencia y me convenza a volver a Roma. Esto me escribe este generoso amigo de los franceses, digno de residir en un país que sepa mejor reconocer sus virtudes y su noble lealtad.

»JOSÉ BONAPARTE.»

»Florencia, 30 de diciembre de 1797.»

LXXVI

Siempre que acabo de escribir párrafos como los anteriores, me siento asombrada de mí. ¡Yo, la mujer frívola por excelencia, predestinada por mis aficiones, por mi carácter, por mi temperamento, a vivir apartada de toda intriga política, como el ave o como la mariposa, en un mundo de sedas, de gasas, de cantos y armonías, yo, describiendo extensos relatos manchados de sangre, que llaman a los pueblos a la guerra y a la venganza! ¿Por ventura dejo de parecerme a Venus Afrodita ocultando bajo la máscara de Némesis su rostro de dulce sonrisa, sus ojos de dulces promesas, sus labios de dulces juramentos?

Pero he emprendido la narración de los acontecimientos en los que he intervenido, y ahora no puedo retroceder ante el empeño que me he impuesto; la voz de mi conciencia, y acaso también la de mi arrepentimiento, me grita: «¡Adelante!» Y, obligada a obedecer a esta voz de arriba, prosigo.

Este informe de José Bonaparte produjo en París profunda sensación. Bonaparte era el ídolo del día; tocar a uno de sus hermanos, era un crimen, más que de lesa majestad, de lesa divinidad.

Por lo que, es de leer la carta que el ciudadano Talleyrand, ese termómetro del espíritu público, le dirigió en contestación a su informe.

«11 Enero de 1798.

»He recibido, ciudadano, la carta desgarradora que usted me ha escrito sobre los acontecimientos ignominiosos que ocurrieron en Roma el 8 nivoso. A pesar del cuidado que usted ha puesto

en ocultar todo lo que le es personal en esa horrible jornada, no ha podido dejarme en la ignorancia de la intrepidez, sangre fría e inteligencia manifestadas por usted en el más alto grado, y de su comportamiento magnánimo en mantener el honor del nombre francés. El Directorio me encarga expresarle en la forma más vehemente y sensible su viva satisfacción por su conducta. Espero que usted creará firmemente que me considero feliz de ser el órgano de esos sentimientos...»

El Directorio empezó pidiendo el castigo de los asesinos; pero, sea negligencia, sea complicidad, ninguno de ellos fué entregado a los tribunales, ni molestado en lo más mínimo. Se supo que el jefe de los asesinos, llamado Amadeo, se había apoderado de la espada y del cinto del muerto, que el cura de la vecina parroquia se había adjudicado el reloj, que los restantes, en fin, se habían repartido el dinero y las ropas.

El Directorio ordenó al general Berthier, que, en ausencia de Bonaparte, operaba en Italia, marchase sobre Roma.

Berthier recibió la orden en Milán y se puso en movimiento al siguiente día. El 29 de enero, su vanguardia llegaba a Macerata; el 10 de febrero todas las tropas estaban delante de los muros de Roma, y un destacamento tomaba posesión del castillo de San Angel, que los soldados pontificios ni siquiera intentaron defender.

Pero el general Berthier impidió que se fuese más lejos; se limitó a notificar a los directores de la agitación que podían contar con su apoyo.

El 16 de febrero, vigésimo-tercero aniversario de la exaltación de Pío VI al trono pontificio, una muchedumbre de sediciosos se reunió en el antiguo *Forum Romanum*, y desde allí se encaminaron hacia el Vaticano, en donde, bajo las ventanas del Sumo Pontífice, prorrumpieron en gritos de «Viva la República!»

Si no invadieron el Vaticano, fué por respeto al anciano, no al papa; pero se apoderaron de toda la ciudad

y redactaron una alocución proclamando la soberanía del pueblo—el cual rechazaba toda complicidad en los asesinatos de Basseville y Duphot,—y aboliendo el poder temporal, y al propio tiempo se anunciaba en dicho manifiesto la constitución de un Gobierno republicano libre e independiente.

Los jefes del movimiento se apresuraron a enviar al general Berthier, con objeto de entregarle estas actas, una representación de ocho de sus miembros.

El general hizo en seguida su entrada por la Puerta del Pueblo, y el mismo día subió al Capitolio, en donde, parodiando a los antiguos triunfadores romanos, saludó, en nombre del Directorio, a la novel República, reconocida libre e independiente por Francia, la que se componía de todo el territorio dejado al papa por el tratado de Tolentino.

Al día siguiente, catorce cardenales que habían tenido la cobardía de firmar el acta de deposición y su renuncia a todo derecho político (1), cantaron el *Te Deum* en la basílica de San Pedro.

El general Cervoni, encargado de notificar a Pío VI su caída, encontró al santo viejo arrodillado y orando.

Pío VI escuchó serenamente la noticia de la deposición de su poder temporal, y, a la intimación de reconocer al nuevo gobierno, respondió:

—Mi soberanía procede de Dios; no me es permitido renunciar a ella. Tengo ochenta años; la vida, pues, representa poca cosa para mí. En cuanto a los ultrajes y sufrimientos, no los temo.

Pero, como la presencia del Padre Santo en Roma era incompatible con el nuevo gobierno, Pío VI fué invitado a salir de la capital del mundo cristiano, y el día 20 de febrero partió para Toscana.

Todas estas noticias nos llegaron al mismo tiempo y perturbaron hondamente nuestros espíritus. La República

(1) No se olvide que la que así se expresa, es una inglesa, enemiga de Francia y amiga de la reina Carolina.

ca, extendida paso a paso por los franceses, hacía a diario progresos en Italia, y no estaba ya más que a treinta leguas de nosotros. El gobierno de las Dos Sicilias consideró que debía tomar precauciones contra ese amenazador adversario.

Sin preocuparse del tratado firmado con Francia el 19 de febrero de 1797, o sea apenas catorce meses antes, Fernando firmó con el emperador, su sobrino, en 19 de mayo de 1798, un tratado que invalidaba completamente el primero.

En virtud de ese tratado, el emperador debía poner 60.000 hombres sobre las armas en el Tirol y Fernando concentrar 30.000 en las fronteras napolitanas.

Por una singular coincidencia, el 19 de mayo de 1798 fué el día en que la escuadra francesa zarpó de Tolón para emprender su expedición a Egipto.

Se conocían los preparativos que Francia realizaba; pero se ignoraba el punto amenazado por aquel formidable armamento.

El comandante de la flota inglesa, sir Juan Jervis, después conde de San Vicente, creía ver en los preparativos de la República un plan de excursión al Océano. Se limitó, por consiguiente, a cerrar el estrecho de Gibraltar y bloquear a la escuadra española en el puerto de Cádiz.

Persistiendo en aquella creencia, envió a Nelson, que servía bajo sus órdenes, con tres navíos de línea, cuatro fragatas y una corbeta, a vigilar el puerto de Tolón, prometiendo enviarle nuevos refuerzos, si eran necesarios.

El 9 de mayo Nelson dejó la bahía de Cádiz; pero era ya demasiado tarde. En el golfo de Lyon, una tempestad dispersó sus barcos y dismanteló el que montaba él.

Para reparar averías, entró en el puerto de San Pedro, remolcado por un navío que había sufrido menos que el suyo.

Durante su permanencia en San Pedro, supo la salida de la flota francesa del puerto de Tolón, y envió un buque

a sir Jervis en demanda de los prometidos socorros.

Pero, hasta el 8 de junio, tres semanas después de haberse hecho a la vela la escuadra francesa, Nelson no pudo concentrar esta flota de refresco, que se componía de diez buques de setenta y cuatro y uno de cincuenta.

Al frente de esta flota, Nelson se puso en busca de la francesa. A la altura de las costas meridionales de Córcega, se enteró de que había sido vista entre el cabo de Córcega e Italia.

Nelson sospechó con algún fundamento que la escuadra francesa se dirigía sobre Nápoles.

A toda vela, hizo rumbo a Nápoles. El 15 de junio llegaba a las islas de Ponsa, y nos envió a un oficial de su confianza, verdadero amigo suyo, el capitán Troubridge para ponerse al habla con el capitán general y con sir Guillermo Hamilton.

Troubridge tenía el encargo de entregarme una carta de Nelson que traía para mí.

No se me ocultaba la impresión que había yo producido en aquel grande hombre; por lo que extrañaba que, pudiendo venir a Nápoles personalmente, se dejase escapar la ocasión que se le presentaba de verme.

La carta me lo explicó todo.

Decía así:

«Milady:

»Si yo fuese a Nápoles y bajase a tierra, si la viera a usted, correría peligro de faltar a todos mis deberes, que son perseguir a la flota francesa sin perder un instante.

»Troubridge le entregará esta carta, que, en vez de ser una prueba de indiferencia, resulta, por la explicación en ella contenida, una demostración de los sentimientos que usted me inspira.

»En seguida que Troubridge regrese, según las instrucciones que le den el capitán general y sir Guillermo Hamilton, continuaré mi ruta.

»Aunque los franceses se fuesen al fin del mundo, allí los iría a buscar y los encontraré, y usted me verá ven-

cedor y digno de usted, o de lo contrario, no volverá a verme.

»Siempre suyo,

»HORACIO NELSON.»

Esta carta, sin decir gran cosa a mi corazón, lisonjeaba mi orgullo. Nelson, en los cinco años transcurridos, se había batido como un héroe, o mejor, según más tarde me dijo, como hombre que quiere hacerse matar.

Esta vez, prometía volver digno de mí; yo estaba segura de que cumpliría su palabra. Nelson no era de esos hombres que prometen en vano.

De la azotea del palacio contemplé el majestuoso espectáculo de la flota desfilando frente a Nápoles. Con la ayuda de un antejo, sir Guillermo me hizo distinguir el buque almirante. No podía yo ver lo que pasaba a bordo; pero no dudaba de que Nelson tenía puestos los ojos en el palacio, así como yo tenía los míos fijos en su navío.

Frente al peñasco de Capri, la escuadra se dividió; una parte tomó hacia la derecha, y la otra hacia la izquierda. Estuvo tres días sin desaparecer completamente, causa de la calma.

Esta calma fué causa de que Nelson no llegase al fuerte de Mesina hasta el 25 de junio.

Allí supo que Bonaparte se había apoderado de Malta y dejado una guarnición de cuatro mil hombres, y que después continuó su marcha en dirección a Oriente.

Desde el Faro, y con fecha 25, Nelson escribió a sir Guillermo para comunicarle esta noticia, y a mí también, para renovarme la seguridad de sus sentimientos.

Recibimos sus cartas el día 30.

Respondí en el acto, como sigue:

«Querido señor:

»Aprovecho el ofrecimiento del capitán Hope para escribirle algunas líneas y agradecerle su amable carta que he recibido por conducto del capitán Bowen.

»La Reina ha acogido con viva satisfacción las palabras de cortesía dedicadas a ella. Me encarga darle gracias y decirle que hace votos por su salud; en cuanto a la victoria, no cabe duda de que usted la obtendrá.

»Tenemos todavía entre nosotros al regicida ministro Garat, el más insolente, el más descarado animal diplomático que imaginar se pueda, y bien veo que la corte de Nápoles no tendrá más remedio que declarar la guerra, si quiere salvar al país, porque el embajador francés hace diariamente las más amenazadoras demostraciones.

»Su Majestad reconoce la verdad de cuanto dice usted a sir Guillermo en su carta, fechada en el faro de Mesina. Usted ve las cosas con claridad. Lo mismo le ocurre al general Acton.

»Pero, por desgracia, el primer ministro Gatto es un hombre ignorante y superficial; la mitad de Nápoles cree de él que tiene mucho de francés; y yo opino que la otra mitad se engaña creyéndole napolitano.

»La Reina y Acton no pueden sufrirle. No se preocupe usted de él; estando solamente apoyado por el Rey, su poder no puede ser mucho. Pero, así y todo, un primer ministro siempre representa alguna cosa, lo bastante para jugar una mala partida.

»A propósito: sepa usted que los trescientos o cuatrocientos jacobinos que estaban presos, han sido, después de tres a cuatro años de encierro, declarados inocentes. A creer lo que de ellos se dice, la mitad, por lo menos, merecerían ser colgados. Garat, con su influencia, y Gatto, con su debilidad, y acaso por simpatía, han tenido la desgraciada ocurrencia de devolver al seno de la sociedad a tan poco recomendables sujetos.

»En suma, estoy muy asustada, y considero que aquí todo está perdido, o casi perdido. Lo siento por nuestra querida Reina, digna de mejor suerte.

»Bien comprenderá usted, querido señor, que todo esto se lo digo confidencialmente y al correr de la pluma.

»Espero que usted no saldrá del Mediterráneo sin antes venir a recogernos. Todo lo tenemos preparado para

emprender la partida apenas recibamos aviso; pero, entretanto, ruego a Dios para que le ayude a destruir a esos monstruos de franceses. El reinado de semejantes impíos no puede ser de larga duración.

»Si tiene usted una ocasión, escribanos. No puede usted imaginarse el bálsamo que para nosotros contiene la lectura de sus cartas.

»Que Dios le bendiga, mi muy querido sir, y considéreme su más agradecida y sincera amiga,

»EMMA HAMILTON.»

Esta carta llegó a manos de Nelson en el mar, y mientras estaba buscando a la escuadra francesa, sin poder encontrarla.

LXXVII

Efectivamente, Nelson había perdido por completo el rastro de Bonaparte y de los trescientos cincuenta buques que éste llevaba consigo. Detenido algunos días en el estrecho de Mesina por el *siroco*, aprovechó un cambio de viento para doblar Reggio y entrar en alta mar.

Convencido al fin de que Bonaparte se dirigía a Egipto, hizo rumbo a Alejandría; pero llegó antes que la escuadra francesa, porque el almirante Brueys, sin duda para despistar a los que pudiesen perseguirle, navegó costeando la isla de Candía.

Recibido con desagrado por el gobernador de Alejandría, que le amenazó con hacer fuego si intentaba forzar el paso, ignorando la ruta de los barcos franceses, suponiendo que se dirigían a Constantinopla, Nelson costeó al azar las costas de la Caramania y de Moorea para procurarse noticias, y después de haber recorrido todo el archipiéla-

go, falto de agua y de víveres, se vió en la necesidad de regresar a Sicilia.

Más de una vez me dijo que, desde el 30 de junio, día en que salió del estrecho de Mesina, al 21 de julio, en que arribó al punto de Siracusa, creyó volverse loco.

La situación era grave realmente, y una borrasca temible se formaba contra él en Inglaterra. Cuando se supo que había dejado salir de Tolón a una armada compuesta de casi cuatrocientas velas, y que durante un mes la había buscado inútilmente en el Mediterráneo, es decir, en un gran lago, todo el mundo se preguntaba si era un traidor que merecía ser juzgado; y del almirante Saint-Vincent se susurraba que era una cabeza de chorlito acreedor de una corrección del Almirantazgo por haberle propuesto como contraalmirante a un oficial indigno de tan alta graduación.

La única esperanza de Nelson se cifraba en nosotros, o por mejor decir, en mí.

Yo debía conseguir de la Reina que, no obstante los tratados con Francia, pudiese Nelson recibir todos los socorros necesarios de los gobernadores de los puertos de Sicilia; porque, si la corte de Sicilia se mantenía dentro de los términos pactados con Francia, Nelson se vería obligado a proveerse en Gibraltar, y en tal caso estaba perdido.

Solamente una brillante victoria podía salvarle.

Esta carta que en 22 de julio escribía a lord Saint-Vincent daré una idea del estado de su ánimo:

«Siracusa, 22 de julio de 1798.

»Mi querido lord:

»Tengo un montón de cartas y papeles para enviarle; pero no habiendo ninguna fragata en que poder enviárselos y no pudiendo actualmente separarme del *Orión*, dejo a usted la consideración de mis dificultades. Continúo tan ignorante de la dirección que pueda haber tomado la escuadra francesa como el día que doblé el cabo Pas-

saro. De lo que estoy seguro, es que el día 18 de junio empezaba a salir del puerto de Malta. El martes por la noche, todos los barcos habían salido, y el miércoles por la mañana fué divisada navegando a toda vela. Esto me lo han asegurado catorce personas; todo lo demás, son conjeturas. Si la flota hubiese hecho rumbo a Poniente, estoy cierto que de todos los puertos que la hubiesen visto se habrían apresurado a advertírmelo. Estoy convencido de que nos traicionan, y es más que probable que esta carta, que estoy obligado a remitirle por Nápoles, no llegará a Nápoles, o cuando menos tengo la seguridad de que el ministro francés tendrá una copia de ella, y acaso la copie él mismo. En cuanto a mí, debo decirle que, si no es absolutamente imposible, yo encontraré a la flota francesa. La nuestra no tiene un solo hombre enfermo. Le he dado detalles de todo y comunicado mi íntimo pensamiento. ¡Dios le bendiga!

»Siempre su fiel,

»HORACIO NELSON.»

«P. S. El modo de recibirnos en los puertos de Sicilia, es vergonzoso; el gobernador nos confiesa que, si contase con medios suficientes, se habría visto obligado, en virtud de órdenes recibidas, a impedirnos la entrada. Acton prometió dar órdenes; pero *no se ha recibido ninguna*. ¿Qué opina usted de eso?»

El mismo día, Nelson, desesperado, escribió a sir Guillermo Hamilton:

«*Van-Guard*, Siracusa, 22 de julio de 1798.

»Mi querido señor:

»Estoy sumamente admirado de que el rey de Nápoles haya dado orden de no dejar entrar en sus puertos sino a tres o cuatro barcos ingleses, a lo más. Yo entendía que se habían dado instrucciones secretas para nuestra libre admisión. Si se ha de continuar negándome todos los artículos que me

son necesarios, hágamelo usted saber lo más pronto posible, por el primer barco que salga, a fin de tener tiempo de ir a abastecerme en Gibraltar. La forma de tratarnos es bochornosa para una gran nación. La bandera de Su Majestad Británica ha sido, en realidad, insultada en todos los puertos amigos.

»Con el mayor respeto, soy, etc.

»HORACIO NELSON.»

Esas instrucciones secretas habían sido dadas merced a mí, sólo que llegaban un poco tarde. El mismo día en que Nelson escribía esta carta, el gobernador del puerto de Siracusa y los de otros puertos recibían aviso de proveerle de víveres, agua, maderas, de todo aquello, en fin, que necesitase, y sobre todo de no limitar el número de barcos que podían entrar en los puertos.

Un día después, Nelson escribía:

«Siracusa, 23 de julio de 1798.

»Mis buenos amigos:

»¡Gracias por todos sus cuidados! Tenemos vituallas y agua, y por cierto que procediendo esta agua de la fuente Aretusa, hay en ello un presagio de victoria. Nos haremos a la vela a la primera brisa favorable, y crean firmemente que volveré, o bien coronado de laureles, o cubierto de cipreses.

»H. N.»

Dos días más tarde, Nelson escribía de nuevo a sir Guillermo:

«Siracusa, 25 de julio de 1798.

»Mi querido señor:

»La flota está preparada, y apenas empiece a soplar el viento, saldré de esta deliciosa rada, donde han sido prodigamente atendidas nuestras necesidades y se nos han otorgado tantos favores y atenciones. Pero pasé muchas mortificaciones mientras el gobernador

estuvo sin recibir las consabidas instrucciones secretas. Abrigo la firme seguridad de encontrar a la escuadra francesa. El resultado dependerá de la Providencia, en la que confío.

»Mis cumplidos a lady Hamilton, y créame usted su siempre fiel,

»H. NELSON.»

El viento que Nelson esperaba se levantó en la noche del 25 al 26 de julio, y en el acto se dió orden de levar anclas.

Nelson puso proa a las costas de Grecia.

El 28 de julio, el *Culloden* entró en el golfo de Corón, interrogó al gobernador turco y supo por él que los franceses se encontraban en Alejandría. El *Culloden* se reunió en séguida con el buque almirante, y, por medio de señales, se dió orden de dirigirse a toda vela sobre Alejandría.

Llegaron a este puerto el día 1.º de agosto a mediodía; pero los franceses ya habían salido, internándose mar adentro. Se continuó la persecución por la estela de sus buques, y a las dos y tres cuartos, el *Zèle*, que iba a la cabeza, anunció que veía diez y seis barcos de línea al ancla.

A las tres, Nelson hizo señal de apercibirse al combate.

No me incumbe a mí la descripción de esta terrible batalla del Nilo, que duró dos días. Nunca victoria alguna fué más completa; nunca la superficie del mar se estremeció con desastre de tal magnitud. Un navío francés, el *Orient*, voló; otro navío y una fragata, fueron echados a pique; nueve barcos cayeron prisioneros; estos nueve barcos apresados, tres resultaron tan destrozados, que el vencedor tuvo necesidad de incendiarlos al día siguiente, y dos días más tarde, otros dos buques siguieron la misma suerte.

Desgraciadamente, Nelson había recibido una cruel herida.

Una verga, arrancada por un proyectil francés le cayó encima; la verga cortó y dobló la piel de la frente hasta la boca. Nelson creyó que había sido herido mortalmente; tan vio-

lento fué el golpe. Hizo subir al capellán, con objeto de comunicarle su última voluntad; pero, con el capellán, subió el cirujano, que reconoció el cráneo, que no presentaba fractura, lo cual era fácil de ver, pues el hueso estaba al descubierto, y le hizo una cura de primera intención.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, tomó nuevamente el mando del *Van-Guard*, y el fuego continuó hasta la completa destrucción de la escuadra francesa.

Después, empuñando la pluma, nos escribió a sir Guillermo y a mí:

«2 de agosto, de noche.

»Mis buenos amigos:

»¡Victoria completa! ¡la flota francesa está destruída! El capitán Capel, que sale en la *Mutine*, les llevará esta carta y les dará todos los pormenores que yo no puedo dar.

»He recibido una ligera herida; no se alarmen ni preocupen.

»Siempre su fiel,

»HORACIO NELSON.»

»Les suplico transmitan, junto con mis profundos respetos, esta agradable noticia a nuestra amable Reina.»

El capitán Capel partió, efectivamente, en la *Mutine* y llegó a Nápoles el 4 de septiembre, notificándonos de palabra que Nelson llegaría dentro de pocos días y que había señalado el puerto de Nápoles como punto de reunión de toda su escuadra, cuyos barcos, más o menos deteriorados, marchaban cada uno de por sí según les permitían sus averías.

Una vez llenada su comisión, el capitán Capel escribió a Nelson la siguiente carta:

«Señor almirante:

»Me es imposible expresarle la alegría que resplandece en todos los semblantes y el fragor de los aplausos y aclamaciones con que nos acogieron a

nuestra llegada. La Reina y lady Hamilton se desmayaron. En suma, señor, todos le aclaman libertador de Europa. Mañana por la mañana, sale un correo para Viena. Le acompañaré para no perder un solo instante. Recibo todos los favores imaginables de sir Guillermo Hamilton y de otros ministros extranjeros, que se han apresurado a enviar a sus respectivas cortes la gloriosa noticia.

»Tengo el honor de ser respetuoso, etcétera.

»CAPEL.»

En cuanto a mí, escribí, en el primer instante, una carta improvisada, que no podría reproducir aquí, por no haber conservado copia, pero que Nelson reprodujo fragmentada en la siguiente que escribió a su mujer:

«En el mar, 16 de septiembre de 1798.

»El reino de las Dos Sicilias está loco de alegría, desde el Rey al último campesino. En efecto, según lo que me decía lady Hamilton en su carta, el estado de la Reina inspiraba verdadera compasión. Transcribo las propias palabras de lady Hamilton:

«¿Cómo podría yo describirle los transportes de la Reina? Es, en verdad, empresa imposible. La Reina llora, ríe, corre por sus habitaciones como loca; abraza a todos los que encuentra, riendo y llorando a la vez: ¡oh, bravo Nelson! repite constantemente: ¡Dios bendiga a nuestro libertador! ¡oh, Nelson! ¡Nelson! ¡oh, vencedor! ¡oh, salvador de Italia!

»Tú podrás, querida Fanny, juzgar de lo demás. ¡Adiós! Mi cabeza no me permite decir en esta carta la mitad de lo que quisiera; todos mis desvelos han estado a punto de resultar estériles, pero Dios me ha protegido. Tu,

»H. NELSON.»

Conviene saber los honores que se tributaron a Nelson y las recompensas que le otorgaron todos los soberanos de Europa, para formarse una idea del

odio, del terror, acaso, que inspiraba en aquella época Francia a toda Europa.

Un día hicimos la lista con Nelson. Esta lista comprende de octubre de 1798 a octubre de 1799.

Por lo pronto, el rey y la reina de Inglaterra, la dignidad de par de Inglaterra y una medalla de oro;

De la Cámara de los Comunes, en un mensaje real del 22 de noviembre de 1798, para él y sus dos herederos más inmediatos, el título de barón del Nilo y de Burnham-Thorpe, con una renta de dos mil libras esterlinas, la que empezaba a correr desde el 1.º de agosto de 1798, día de la batalla del Nilo;

Del Parlamento inglés, para él y sus dos herederos más inmediatos, otra renta de dos mil libras esterlinas;

Del Parlamento de Irlanda, otra renta de mil libras esterlinas;

De la Compañía de las Indias Occidentales, diez mil libras esterlinas;

De la Compañía turca, un juego de vajilla de plata;

De la ciudad de Londres, una espada con empuñadura adornada de brillantes;

Del sultán de Turquía, una argolla de diamantes, con el *chelmik*, o la pluma del triunfo, valuada en dos mil libras esterlinas, y un rico capote, en mil libras;

De la madre del sultán, la sultana Validé, una tabaquera adornada de diamantes, de valor mil libras;

Del emperador Pablo de Rusia, una petaca guarnecida de diamantes, de un valor de dos mil libras esterlinas;

Del rey de las Dos Sicilias, una espada con empuñadura incrustada de brillantes, de un valor de cinco mil libras esterlinas;

Del rey de Cerdeña, una tabaquera adornada con diamantes, de mil doscientas libras esterlinas;

Del gobernador de la isla de Zante, una espada con empuñadura de oro y un bastón con puño del mismo metal;

De la ciudad de Palermo, una tabaquera y una cadena de oro, en una fuente de plata.

Pero, el obsequio más original, y

si cabe decirlo, el más inglés, y que Nelson aceptó con más satisfacción, fué el de su amigo el capitán Benjamín Hollowell, comandante del *Sweffsure*.

El buque francés *Orient* voló, según dejó dicho, y sus restos fueron a caer a mucha distancia del lugar de la explosión. Entre aquellos restos, el capitán Ben Hollowell distinguió el palo mayor que había quedado intacto. Mandó arriar todas las chalupas, y, sin preocuparse de los nadadores que luchaban entre los despojos del barco volado, dió orden de recoger solamente el palo mayor del *Orient*, y lo llevaron a bordo del *Sweffsure*.

En seguida, Ben Hollowell llamó al cerrajero y al carpintero, y en el sitio más grueso del mástil hizo tallar un ataúd en cuya construcción fueron empleados los clavos y las herramientas del propio mástil. Construido el ataúd, lo envió a Nelson, con la carta siguiente:

Al leal y honorable
barón de Nelson

Milord:

«Le envío un ataúd construido completamente con la madera y herrajes del palo mayor del navio *Orient*, a fin de que, cuando usted abandone este mundo, pueda descansar en sus propios trofeos. La esperanza de que ese día aun está lejano, es el deseo de su obediente y afectuoso servidor,

»BEN HALLOWELL.

»*Sweffsure*, 23 de mayo de 1799.»

Nelson recibió este regalo con vivo placer. Durante algún tiempo, lo conservó en su cámara, arrimado a la pared y a espaldas del sillón en que se sentaba para comer. Un antiguo sirviente, a quien ese mueble fúnebre entristecía, obtuvo de Nelson permiso para transportarlo al entrepuente.

Cuando Nelson dejó el *Van-Guard*, el ataúd pasó a bordo del *Foudroyant*,

donde estuvo mucho tiempo en el combés del buque.

Cierto día, unos jóvenes oficiales del *Foudroyant* admiraban el presente del capitán Ben Hollowell. Nelson les dijo:

—Admírenlo a su sabor, señores; pero no será propiedad de ninguno de ustedes.

¡Ay! inútil es decir que el pobre Nelson reposa en el ataúd que le fué preparado por Ben Hollowell.

Declaro que la mano me tiembla y que las lágrimas acuden a mis ojos recordando estos fúnebres detalles; pero ellos forman parte de la gloria y de la grandeza de mi héroe, y no me he creído con derecho a pasarlos en silencio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

«ALFONSO REYES»

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LXXVIII

El 19 recibimos aviso de que Nelson estaba el 16 a la altura de Stromboli. No podía, pues, tardar en llegar a Nápoles, y contra lo que podría pensar, decir o hacer el embajador de la República francesa Garat, se organizaron festejos públicos. Tres días antes llegaron el *Alexandrie* y el *Culloden*, que se habían adelantado en cinco días al *Van-Guard*, más castigado que los dos primeros.

Se establecieron vigías en el cabo Campanella y en el punto más elevado de la roca de Capri. Los vigías debían, por medio de señales, anunciar la flota de Nelson y transmitir inmediatamente a Nápoles la noticia de su llegada.

Se adornó espléndidamente una embarcación; se levantó en ella una tienda de púrpura, coronada con las armas de Inglaterra y de las Dos Sicilias; se la cubrió con trofeos de los estandartes de ambas naciones; se prepararon otros doce o quince barcos de

menor porte para dar escolta a la capitana, y se pasó orden de que cada cual estuviese preparado para ir al encuentro de Nelson al primer aviso.

En aquellos días, la Reina me hizo objeto de mayores demostraciones de cariño, y no me ocultó ninguno de sus más secretos pensamientos.

María Carolina comprendía que las fiestas que se preparaban en honor del vencedor del Nilo, suponían la guerra con Francia; y aunque ésta acababa de perder su escuadra en el Nilo y tenía encerrado en Egipto a Bonaparte con 30.000 hombres, no por eso era un enemigo menos de temer.

Era necesario, por lo tanto, que la corte de Nápoles pudiese, a cualquier precio, contar con Nelson y, tras de éste, con Inglaterra.

La altiva María Carolina suplicaba a la embajadora de Inglaterra, como la pobre Fanny Strong suplicó un día a la humilde Emma. ¿No debía yo hacer más por una Reina de lo que hice por una simple lugareña?

Mi vida había empezado por la seducción del almirante Juan Payne y debía terminar con la seducción del almirante Horacio Nelson.

Admiraba a Nelson; pero aun no le amaba. Mi amor por él nació de su inmenso amor por mí. Los sentimientos llevados a su máximo grado tienen la propiedad de contagiarse.

Prometí a la Reina hacer lo que pudiese; pero señalé el inconveniente de sir Guillermo.

Carolina se echó a reír.

—Sir Guillermo—dijo,—es demasiado patriota para no conceder al vencedor del Nilo la recompensa merecida. Para eso, no hay necesidad de consultarle. Si fuese yo la que amase a Nelson, no me tomaría la molestia de consultar al Rey acerca de mi línea de conducta.

—Señora—repliqué,—el rey Fernando era príncipe real y Vuestra Majestad archiduquesa de Austria; Vuestra Majestad le ha aportado tanto, o tal vez más, de lo que pudo recibir en cambio. No ocurre lo mismo entre sir Guillermo y yo. ¿Quién era yo cuando me hizo su esposa? La querida de su

sobrino. Mi marido lo ha olvidado, y temo hacérselo recordar.

La Reina llevó su mano a mi boca, con ademán de sellar mis labios.

—Ya arreglaremos todo eso—me dijo,—lo mejor posible. Aquel que se opusiese a tu felicidad, sería mi mayor enemigo. ¡Mira, pues, si podría yo, a sabiendas, hacerte desgraciada!

Quedé cabizbaja, presintiendo que me encontraba en vísperas de uno de esos acontecimientos que ejercen decisiva influencia en el curso de la vida.

El 22 de septiembre, a eso de las seis de la mañana, se nos anunció que dos o tres barcos de alto bordo eran señalados por los vigías y que en uno de ellos ondeaba el pabellón del vicealmirante.

Hacia cinco o seis días que, en espera del suceso, el Rey se abstenía de salir a cazar, lo cual le arrancaba profundos suspiros que la Reina oía con toda indiferencia.

Diéronse en el acto las órdenes oportunamente para que todo el mundo estuviese en su puesto. Todo se dispuso para que el recibimiento dispensado a Nelson fuese digno de un Rey.

El almirante Caracciolo estaba encargado de la dirección de la flotilla que debía ir al encuentro de Nelson. Conforme es de suponer, montaba la galera capitana en la que debían embarcar el Rey y la Reina. A fin de estar preparado a cualquiera hora del día y de la noche, estuvo a bordo permanentemente desde la llegada del *Culloden* y del *Alexandrie*.

La Reina había declinado en sir Guillermo Hamilton, en su carácter de embajador de Inglaterra y quizás por algún otro motivo que se callaba, el honor de hospedar a Nelson; y particularmente, el día de su llegada debía pertenecernos por completo.

Sir Guillermo hizo grandes preparativos, y, por mi parte, dediqué a esos preparativos, con alegría y hasta con orgullo, los mayores cuidados en todos aquellos detalles que reclaman la intervención de una mujer.

Como de costumbre, pasé la noche en palacio; era difícil que la Reina me dejase volver a la embajada de Ingla-

terra. Sir Guillermo, que frisaba en los sesenta y siete años, no se quejaba de mi ausencia.

La Reina, con sus deseos de que yo apareciese más hermosa que nunca, hacía las más ingeniosas combinaciones para mi vestuario. Pero, mi resolución estaba formada: no quería otro vestido sino aquel en que Rowmney hizo mi retrato cuando sir Guillermo y yo fuimos a Londres para hacer público nuestro casamiento. Se componía, conforme tengo descrito en otro lugar, de una larga falda de cachemir blanco a manera de túnica griega, ceñida al talle por un cinturón de taflete encarnado bordado en oro, que se abrochaba con un magnífico camafeo con el retrato de sir Guillermo. Mis cabellos caían sobre mis hombros; me cubría con un chal de la India, encarnado y con grandes flores de oro, que a menudo me había servido para bailar, en la mansión real y en nuestras tertulias íntimas, la danza del chal, de mi invención, y que más tarde adoptaron todos los bailarines.

La Reina, en cambio, se atavió como correspondía a su clase y adornó con una porción de diamantes. El Rey también debía presentarse en traje de gala, ostentando muchas condecoraciones.

A las ocho de la mañana, todos estaban preparados.

Bajamos al puente militar por el tramo del arsenal. La galera capitana nos esperaba. Francisco Caracciolo, de gran uniforme de almirante napolitano, recibió a los reyes.

Apenas éstos estuvieron a bordo, tronaron los cañones de las baterías y las campanas de las trescientas iglesias de Nápoles fueron echadas al vuelo.

La capitana se puso en marcha. Estaba construída al estilo de las antiguas galeras romanas. Sir Guillermo Hamilton había proporcionado su diseño, y aseguraba que era exactamente igual al de la galera a cuyo bordo Cleopatra fué al encuentro de Antonio.

La Reina decía riendo que era una alusión que hacía el embajador de Inglaterra, y que él no se opondría de

ningún modo a que una nueva Cleopatra prendada de otro Antonio, reprodujese a lo vivo el tierno episodio de la reina de Egipto.

Toda la flotilla emprendió la marcha, y a la cabeza la capitana con sus cuarenta remeros.

Aquellos doce o quince barcos ofrecían un admirable espectáculo, con sus tiendas de púrpura, flotando al viento sus pendones, avanzando entre las aclamaciones de la población de Nápoles aglomerada en los muelles y que agitaba sombreros y pañuelos gritando frenéticamente: «¡Viva el Rey! ¡Viva Nelson! ¡Abajo los franceses!»

La Reina se mordía los labios con una sonrisa de odio, porque no se oía un solo grito de «¡Viva la Reina!»

Pronto estuvimos lo bastante lejos de la ciudad para dejar de percibir los rumores humanos; el único que todavía llegaba a nuestros oídos, era el de las campanas y el cañón.

A la salida del puerto, descubrimos en el horizonte el buque que íbamos a recibir. Navegaba viento en popa, y la brisa que lo empujaba nos habría impedido avanzar, si, faltos de remos, hubiésemos tenido que navegar a la vela.

Resultaba de esa marcha simultánea de dos flotillas que navegan en opuesto sentido, que el espacio que las separaba se acortaba rápidamente.

El navío más próximo a nosotros llevaba en el palo mayor, conforme habían señalado los vigías, el pabellón de contraalmirante, y el almirante Caracciolo, con el ojo experto de todo marino, reconoció al *Van-Guard*.

Seguramente Nelson, por su parte, había, a pesar de la distancia, divisado la flotilla, porque de su barco dispararon un cañonazo, y fué izado el rojo estandarte de Inglaterra.

No pudimos devolverle el saludo, porque no llevábamos artillería; pero, al instante, la música que venía a bordo, dirigida por Domingo Cimarosa, ejecutó alegres marchas. Y debo decir que, en cuanto a mí, prefería este modo de corresponder a la cortesía de Nelson a la de saludarle con la voz brutal del cañón.

No sin una viva emoción iba yo a recibir al héroe que estaba locamente enamorado de mí. Ningún sentimiento de carácter bastante definido existía aún en mí que me permitiese explicarme la sensación que experimentaría a su vista. Comprendía solamente que esa sensación sería violenta.

El *Van-Guard* dobló el cabo Campanella y nuestra galera dejó atrás Torre del Greco. Estábamos separados por unas tres millas; quince o veinte minutos más, y la galera capitana y el *Van-Guard* se habrían reunido. La Reina notó mi turbación, y como yo estaba sentada a su lado, se inclinó y me dijo al oído:

—¡Vamos, loca, ánimo! Acuérdate de Fanny Strong, del almirante Juan Payne y del marinero Richard; con la diferencia de que ésta que ahora te suplica, es la reina de Nápoles; ese a quien vamos a buscar, es el almirante Horacio Nelson, y aquél que se trata de salvar, no es un pobre marinero, sino un opulento reino.

—¡Ah, señora!—le dije,—eso precisamente es lo que me asusta. Si el objeto no fuese tan elevado, mi temor no sería tanto; pero ahora me siento vacilar y sin fuerzas para llenar misión tan grave cual es la de salvar a un reino.

La Reina me cogió la mano y la apretó como para comunicarme su energía por una especie de transmisión magnética. Y así era: mientras mi mano estuvo retenida en la suya me sentí fortalecida y hasta entusiasmada.

Continuamos avanzando, y al fin nos encontramos con el *Van-Guard*.

Yo no veía ni oía nada. Maquinalmente y sin reparar en que quebrantaba la etiqueta, me adelanté a los demás, me así a la baranda y subí. En la escalera estaba Nelson esperando, sombrero en mano.

Una vez allí, recobré la vida; me encontré en presencia de aquel que no había vuelto a ver después de su viaje de Tolón a Nápoles. En el transcurso de este tiempo, había perdido un ojo; una venda negra le cubría la frente, ocultando su reciente herida. Un inmenso sentimiento de piedad se apo-

deró de mí: para el héroe que tenía delante, sólo consideré digna una recompensa, y, abriendo los brazos, me arrojé sobre su pecho, exclamando:

—¡Oh, Dios mío! ¿es posible?... ¡Querido y grande Nelson!

Estaba a punto de desmayarme; afortunadamente las lágrimas brotaron abundantes de mis ojos y los sollozos aliviaron mi corazón.

Desde aquel instante yo pertenecía a Nelson como si ya me hubiese poseído.

Era más que una sumisión, era más que un amor, era más que una atracción; ¡era una fatalidad!

LXXIX

El Rey y la Reina subieron tras de mí. Me encontraron en el estado que dejo dicho, casi desmayada sobre el pecho de Nelson, que me sujetaba contra su corazón con su único brazo. Su sombrero había caído sobre el puente, y en el éxtasis de la felicidad, inclinaba la cabeza hacia atrás mirando al cielo.

Por fin, los hurras de los marineros subidos a las vergas le hicieron volver la mirada a la tierra, y vió lo que en ella sucedía.

Estaban allí el Rey, la Reina, los ministros y cortesanos, agrupados en torno suyo para rendir pleitesía al héroe de Aboukir, cual lo hubiesen hecho con el mismo dios de las victorias.

El Rey tenía en la mano una magnífica espada guarnecida de diamantes, cuyo valor intrínseco era de cinco mil libras esterlinas, pero de un valor histórico incalculable. Era la espada entregada por Luis XIV a Felipe V al partir éste para España, y por Felipe V a su hijo cuando el último partió para Nápoles.

El rey Felipe V, al entregarla a Carlos, le dijo: «Esta espada pertenece al conquistador del reino de Nápoles», y Don Carlos, al legarla a su hijo, habló así: «Esta espada pertenece al defensor del reino que yo te he conquistado.»

Fernando contemplaba a Nelson como al salvador del reino y le presentaba la magnífica herencia de Luis XIV.

Por su parte, la Reina ofreció al glorioso lisiado la credencial del ducado de Bronte, espléndido halago, pues habiendo sido Bronte uno de los tres cíclopes que forjaron el rayo, venía a concederse virtualmente a Nelson el título de duque del Trueno.

A ese ducado iba anexo una renta de tres mil libras esterlinas

Además, el Rey notificó a Nelson su propósito de crear una orden militar del mérito de San Fernando y le prometió el primer gran cordón de dicha orden.

Para dar a sus egregios visitantes toda facilidad de subir a bordo, el *Van-Guard* fué puesto al paio. Yo consideré que la lisonja más agradable a Nelson sería rogarle que nos mostrase las averías de su navío, no menos mutilado que su comandante. Esta inspección le llevaría a contarnos los incidentes de la batalla, y, por consiguiente, a hablarnos de sí mismo.

Empezamos, naturalmente, por el camarote del almirante. No bien hubimos entrado, cuando un pequeño pájaro de la familia de los papafigos penetró por la ventana y se posó encima del hombro de su dueño. Admirada de esta familiaridad de aquel nuevo huésped, iba yo a interrogar a Nelson, cuando éste lanzó un grito de alegría.

—¡Oh!—dijo,—¡bien venido seas, y hoy más que nunca, encantador compañero mío!

Cogió al diminuto pájaro entre ambas manos, lo besó y me lo dió a besar, después se lo puso de nuevo en su hombro, donde la avecilla se mantuvo sin preocuparle poco ni mucho nuestra presencia.

Lo que acababa de decir Nelson despertó mi curiosidad, y sentí vivos deseos de saber algo relacionado con el

pajarillo que parecía venir a cumplimentar también al vencedor del Nilo. La misma curiosidad se reflejaba en el semblante de la Reina, en el del Rey, en todos los demás visitantes.

—Oigan ustedes lo que voy a decirles—añadió Nelson,—y no crean que sea un cuento de las Mil y una noches. ¡Este pajarillo es mi genio tutelar!

—¿Cómo es eso, milord?—pregunté.

—Se dice que los antiguos no entraban en combate sin antes consultar a los augures; yo tampoco combatiría jamás sin consultar a mi pequeño pájaro, que es mi agorero.

—¡Oh! explíqueme usted, milord—dijo la Reina.

—En verdad, no sé si semejante niñería vale la pena de ser contada a Vuestra Majestad—repuso Nelson.

—¡Oh, sí, sí!—exclamamos simultáneamente la Reina y yo.

—Pues bien, señoras, en cualquiera parte del mundo en que me encuentre, cuando ha de ocurrirme algún suceso afortunado, o cuando he de alcanzar una victoria, un ave de esta especie (no me atrevería a decir que sea este mismo pajarillo) viene a posarse sobre mi hombro. Al contrario, cuando me amenaza un infortunio, desaparece. La primera vez que le vi, fué en la América del Norte, en el Canadá. Perseguido por cuatro fragatas francesas, mi única salida era un paso considerado infranqueable. El pájaro vino a posarse sobre mi hombro. Lancé mi bergantín a través de los escollos, y salvé el paso. Una vez franqueado, el pájaro voló... Cuando, hace cinco años, vine de Tolón a Nápoles, atravesaba el canal de Ischia y encontrándome en el puente, el pájaro se presentó y vino a reposar en mi hombro. Al otro día, Su Majestad el rey de Nápoles se dignaba recibirme como a un amigo y sir Guillermo como a un hijo. La Reina me daba a besar su mano; usted, milady, usted me decía: «Esta casa es la suya» ofreciéndome alojamiento en el palacio de la embajada... En el sitio de Calvi, donde perdí un ojo, en el de Tenerife, donde perdí un brazo, no vi jamás a mi gentil profeta. Pero, por la mañana del día de Aboukir, recibí su visita,